

SÁBADO



muerte y resurrección DE LA FE

RECUPERAR LA FE

1. LA CRISIS

Incluso los discípulos, están dispuestos a admitir a Jesús como Mesías, pero como el Mesías que ellos esperaban: el Mesías continuador de David, el Rey, el libertador contra Roma. Sus características son:

- la liberación política; devolver a Israel el esplendor como Nación.
- La exaltación religiosa: el Templo de Jerusalén, centro mundial de la adoración a Dios.
- Pero Jesús ha defraudado esta esperanza, por dos razones:
- su predicación y su comportamiento ha sido diametralmente opuesta: predica ante todo la conversión interior, se dedica a los más necesitados, no busca triunfos exteriores, no da especialmente al Templo, no es un devoto estricto de la Ley, no se preocupa de las tensiones políticas o sociales.
- Sus enemigos han podido con él; lo han apresado, atado, torturado, crucificado. Ha muerto como un malhechor, como un vulgar cabecilla sedicioso.

La conclusión que saca cualquiera está magníficamente expresada en la conversación de los dos de Emaús: (Lucas 24,19)

“Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y en palabras ante Dios y ante todo el pueblo. Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron; ¡y nosotros que esperábamos que iba a ser él el libertador de Israel! ”

De hecho, desde que Jesús es arrestado, el grupo desaparece. Solamente Pedro y Juan hacen acto de presencia: Pedro arriesgando más de lo razonable, y fallando lamentablemente hasta el punto de renegar públicamente de Jesús. Juan acompañando a la madre de Jesús hasta el pie mismo de la cruz. De los demás seguidores de Jesús, solamente algunas mujeres, de las que le seguían desde Galilea, estuvieron presentes en el Calvario. El resto (no solamente “los doce” sino el resto de sus discípulos), están encerrados en una casa, “por miedo a los judíos”.

El grupo de seguidores de Jesús ha perdido la fe en Él. Los acontecimientos son demasiado elocuentes. *Nosotros esperábamos que Él iba a ser el Libertador de Israel **pero ...***

RECUPERAR EL SÁBADO. LA CRISIS DE LA CRUZ.

2.- LA SORPRESA

Y sin embargo, ese grupo amedrentado y lleno de confusión vuelve a aparecer no muchos días después, radicalmente transformado.

“Cuando llegó el día de Pentecostés... Pedro se puso en pie con los Once y alzando la voz les dirigió la palabra:

Judíos y vecinos todos de Jerusalén ... escuchad mis palabras: Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios realizó por su medio, como bien sabéis. A éste, entregado según el designio de Dios, lo crucificasteis por medio de gente si ley y le disteis muerte. Pero Dios, librándolo de los rigores de la muerte, lo resucitó, pues la muerte no tenía poder para retenerlo.... Por tanto, que toda la casa de Israel reconozca que a este Jesús a quien habéis crucificado, Dios lo ha nombrado Señor y Mesías” (Hechos 2, 14 y ss.)

“ Los que aceptaron sus palabras se bautizaron y aquel día se incorporaron unas tres mil personas. Eran asiduos en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la solidaridad, en la fracción del pan y en las oraciones

Alababan a Dios y todo el mundo los estimaba. El Señor iba incorporando a la comunidad a cuantos se iban salvando ...”

¿QUÉ HA PASADO?

¿Cómo ha podido suceder que aquel grupo temeroso y en desbandada se haya cambiado en un grupo valeroso, que expresa en público su fe en Jesús con tal fuerza de convicción que arrastra desde el primer momento a muchos?

Pero, antes de que se presenten en público, ¿qué les ha pasado a cada uno de ellos y al grupo como tal, para recuperar la fe en Jesús, esa fe que habían perdido al verlo crucificado?

Es evidente que el relato de Lucas en los Hechos no es meramente un relato histórico. Las acciones están dramatizadas al gusto griego, y los discursos de los apóstoles son creaciones literarias del autor; pero no son inventos gratuitos: reflejan lo que sucedió, aun vistiéndolo con una presentación literaria creada por el autor.

La respuesta a la pregunta "¿qué ha pasado?" no es un hecho exterior, pero se muestra en hechos exteriores. Lo que ha pasado es algo interior: han creído en Jesús. Han pasado de la decepción a la fe en Jesús: eso es lo que ha pasado. Y esto no es un hecho exterior, sucede en lo profundo de la conciencia, de cada uno y del grupo como tal. Pero este "suceso interior" de la fe en Jesús se ve en sus consecuencias: el grupo entero, cada uno y como colectividad tiene unas características exteriores definidas y sorprendentes:

- Manifiesta unánimemente que cree que Jesús, el crucificado, es el Mesías que esperaban.
- Cambia de comportamiento: su modo de vivir se hace solidario, desprendido, fervoroso ... de tal modo que llama la atención y atrae al resto de los habitantes de Jerusalén, que se les adhieren en gran número.
- Es un grupo decididamente "misionero", empeñado en anunciar a todos su fe en Jesús.

NOS HACÍAMOS LA PREGUNTA "¿QUÉ PASO?". Y LA RESPUESTA ES: "CREYERON EN ÉL". Aquel grupo que seguía a Jesús dispuesto a admitirle como Mesías, y que perdieron esa fe ante la crucifixión, CREYERON EN EL CRUCIFICADO, a pesar de la cruz, e incluso, precisamente por la cruz.

2. ¿QUÉ ES LO QUE CREYERON?

Simple y llanamente, aunque esta afirmación sea más seria de lo que parece, "comprendieron quién era Jesús", y lo aceptaron como era. Habían puesto sus esperanzas en que Jesús "tenía que ser" lo que ellos esperaban. Ahora se han dado cuenta de qué era lo que debían esperar, y lo han admitido.

Lo que han creído, lo que han admitido, se expresa muy bien en bastantes afirmaciones, de los Evangelios y de los Hechos.

Hch. 2. Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante vosotros ...

Dios lo libró de los rigores de la muerte y lo resucitó...

Dios lo ha nombrado Señor y Mesías.

Hch. 10. Lo ungió Dios con Espíritu Santo

Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el Mal,
porque Dios estaba con él.

Estas expresiones muestran perfectamente lo que habían creído sus discípulos, lo que habían descubierto. Dios estaba con él. A la luz de esta fe, los discípulos son capaces incluso de asimilar el escándalo de la cruz: era necesario que el Mesías fuera rechazado. Entendieron que la cruz no era el fracaso, sino la confirmación. Hasta tal punto se ha apartado Israel del conocimiento de Dios que no ha sido capaz de reconocer al Enviado de Dios.

Para estas comunidades, Jesús es EL HOMBRE LLENO DEL ESPÍRITU, el enviado por Dios. Esta imagen de Jesús es semejante a la que tenían de los Profetas: hombres elegidos por Dios como mensajeros para su pueblo, hombres a las que el Espíritu de Dios empujaba a proclamar la Palabra.

Pero esa fe fue profundizándose más y más. Jesús podía ser admitido como un Profeta, como un Nuevo Moisés, un hombre con mucho Espíritu. Los seguidores de Jesús fueron más lejos. Entendieron que entre Jesús y los demás había una diferencia radical. Cuando se escribieron los evangelios, hacia los años 70, la habían formulado ya de manera más rotunda: el evangelio más antiguo, el de Marcos, empieza así:

Comienza la Buena Noticia

De Jesucristo, el Hijo de Dios.

Y de hecho, este título de "Hijo de Dios" es el que se emplea en los interrogatorios en que condenaron a Jesús como motivo de su condena a muerte: se le condena por blasfemo, porque dice de sí mismo que es "Hijo de Dios". No como todos los demás, no como se consideraba Israel, sino de una manera muy especial: Jesús se siente "hijo", hijo de Dios que es Abbá, el Padre, y actúa como Hijo que está en las cosas de su Padre, a quien su padre ha encomendado una misión, proclamar la Buena Noticia, enseñar y curar. Jesús enseña y actúa como Hijo y porque es Hijo, y lo hace para que todos los demás sean hijos. Eso es "El Reino", que las personas sepan que son hijos y vivan como hijos.

Mucho más tarde, a finales del siglo I y durante los dos siglos siguientes, esa fe fue más elaborada aún. El Cuarto Evangelio manifestó su fe en Jesús con una expresión más atrevida:

La Palabra hecha carne

Y empezó así el concepto de Encarnación. Jesús es "la Palabra de Dios hecha carne". Como si Dios saliera de su morada celestial, descendiera al mundo material, se convirtiera en un hombre para hacerse ver y oír por los ojos y los oídos de los humanos.

NUESTRA FE

La fe en Jesús es una aventura personal, algo íntimo, que afecta a lo más profundo de nuestras convicciones, forma parte de algo esencial de nuestra propia vida. Forma parte de ese conjunto de principios básicos que rigen la vida desde lo más radical. Se trata del sentido mismo de la vida, de la respuesta a las preguntas más esenciales que nos planteamos los humanos: qué es el ser humano, qué sentido tiene vivir, qué es bueno y es malo, qué criterios tengo para elegir. Son las cuestiones vitales de un ser que se define como inteligente y libre: inteligente, es decir, que necesita comprender, que es capaz de plantear siempre un "por qué" ante cualquier suceso o decisión: libre, que es capaz de decidir su propio futuro, que no está determinado, que no está sometido a un código instintivo, que duda de si algo le conviene o no.

Creer en Jesús significa que el ser inteligente y libre que somos acepta a Dios como fundamento y sentido de todas las cosas, más aún, acepta a Dios como Alguien, no simplemente algo, Alguien activo, cercano: acepta que Dios Creador sigue creando, que da a luz hijos y trabaja por sacarlos adelante. Y acepta todo eso porque se ha fiado de Jesús. Sí, la palabra justa es fiarse, tener confianza en, optar por, incluso arriesgarse por Jesús de Nazaret.

Ese "fiarse" significa que su mensaje resulta convincente, que muestra una manera de ser persona humana mejor que otras (mejor que todas las que conocemos) y significa, también y sobre todo, que reconocemos en Jesús un "mensajero", un "profeta" (que habla de parte de Dios) o, más aún, alguien en quien, de alguna manera, hay una presencia especial, sobresaliente, de "el Espíritu", del viento de Dios, de Dios mismo.

Estos serían los tres "escalones" de nuestra aceptación de Jesús:

aceptar un mensaje que resulta convincente

aceptar una persona como "profeta", que habla de parte de Dios.

aceptar una persona como "El Hijo", alguien en quien la Divinidad "reside" de otra manera que en todos los demás.

En este tercer nivel, hay muchas formulaciones, muchas imágenes, incluso muchos niveles. Estemos en el nivel que estemos, un "cristiano", es decir alguien que cree en Jesús, se caracteriza irrenunciablemente por dos afirmaciones:

Creemos en un ser humano. No en una divinidad disfrazada, no en un extraterrestre disfrazado. Creemos en alguien tan humano como cualquiera de nosotros, por más que fuera excepcional en muchísimas cosas.

Creemos que en ese ser humano la Presencia de Dios es extraordinaria, como no se ha dado en nadie más: el Hijo, el Hombre lleno del Espíritu, la Palabra hecha carne ... son expresiones que intentan plasmar esa fe, sin llegar nunca a dejarnos satisfechos, porque estamos hablando de la Divinidad, ante la cual todas las palabras y los conceptos se quedan pequeños.

EL ITINERARIO.

Aquellos galileos que conocemos como Simón, Andrés, los Zebedeos, Felipe .. se tropezaron un día con un hombre extraordinario que les fascinó, hasta el punto de que lo dejaron todo, mujer, oficio ... y se fueron con Él. Volcaron en Él sus expectativas mesiánicas, que fueron defraudadas. Pero acabaron creyendo en Él, aceptándolo no sólo como el mejor de los maestros, sino como una presencia excepcional, única, de Dios Salvador.

Nosotros hemos recorrido un camino diferente: somos cristianos porque nuestros padres lo fueron y nos han enseñado a serlo, como nos enseñaron a hablar, a leer, a tantas cosas. Más tarde reflexionamos, nos encontramos con la necesidad de personalizar esa "fe heredada". Y es necesario que recorramos el mismo itinerario de los primeros discípulos:

Conocerle → admirar → entusiasmarse ... → creer.

Es un itinerario personal. Conocerle cada vez mejor lleva necesariamente a la admiración y al entusiasmo, incluso al seguimiento: resulta un Maestro y un

Modelo insuperable. Luego (no necesariamente en el tiempo) viene la aventura personal de la fe en Él.

Así, creer en el crucificado llega a significar que, para nosotros:

en Jesús encontramos todo lo que tenemos que saber de Dios. Jesús, sus palabras y su modo de ser y de vivir, es la Palabra en quien Dios se expresa.

En Jesús encontramos todo lo que necesitamos saber del ser humano. Jesús es el paradigma de lo humano, en lo que enseña por sus palabras y en su manera de vivir y comportarse.

CREO

Los contemporáneos de Jesús fueron personas como nosotros, que buscaban – todos los humanos buscan – sentido a la vida. Como nosotros, se les ofrecían una serie de propuestas y de criterios: lo que atrae, lo que apetece, lo que fascina (dinero, poder, placer, prestigio); lo que algunos “maestros de sabiduría” podían ofrecer como resultado de su experiencia; lo que se tenía por mensaje divino, La Ley, el Culto

Cuando Jesús de Nazaret apareció en su vida, unos vieron en él un iluminado loco, otros vieron un maestro respetable aunque no muy de fiar, otros vieron un hereje ... otros vieron un profeta, alguien que hablaba de parte de Dios; otros vieron más aún, sintieron que allí hablaba el Espíritu, que Dios estaba con Él, que Él era la Palabra. Y todos hicieron una opción: al margen de Él, contra Él, con Él ... con tantos matices, niveles y diferencias como se dan siempre en toda opción humana.

Nosotros estamos en la misma situación. La fe es siempre una opción. Pero esa es la esencia misma de la vida humana: optar, decidirse por algo prefiriéndolo a otra cosa. Todos los humanos decidimos, optamos, arriesgamos, preferimos unos valores a otros. Los que hemos optado por Jesús creemos que tenemos muy buenos motivos para esa opción, sentimos que esa manera de vivir es mejor, más satisfactoria que ninguna otra. Y cuanto más en serio nos tomamos vivir según sus valores y sus criterios, más profundamente nos persuadimos de que no hay manera más humana de vivir, más creemos en El.

NUESTRA EXPERIENCIA PASCUAL

Es frecuente que nosotros, que creemos en Jesús, nos preguntemos sobre nuestra propia experiencia pascual, especialmente cuando oímos decir que seguir a Jesús es consecuencia de esa experiencia. Sentimos que nosotros no hemos tenido esa experiencia. Pero no es verdad.

Lo que pasa es que identificamos "experiencia pascual" con "apariciones" o al menos con algo extraordinario y repentino que nos haya de suceder en un momento especial, que determine un cambio radical en nuestra vida ... o algo semejante. De esto tiene mucha culpa la iconografía religiosa, que necesita representar las experiencias interiores en un momento estático y con signos espectaculares. Pero las experiencias religiosas no son habitualmente así.

Nuestra experiencia pascual está mejor representada en la parábola de la levadura. Algo, desde dentro, en silencio, insistentemente, imparablemente, nos ha llevado de un conocimiento mediocre a una intimidad profunda, de un sentimiento de lejana atracción a una adhesión personal, de una fe mítica y sociológica a un convencimiento elemental y profundo.

Nuestra experiencia pascual es un convencimiento que se va haciendo cada vez más irrenunciable, unido a un sentimiento de atracción y adhesión cada vez más vinculante. Nuestra experiencia pascual quiere decir que antes creíamos - de alguna manera - en Jesús, por lo que nos habían transmitido, porque estaba en nuestra cultura, porque nos parecía un buen sistema de pensamiento y prácticas religiosas ... por muchas razones semejantes, todas ellas "de fuera a dentro".

Pero, progresivamente, lo hemos experimentado internamente, lo hemos vivenciado de tal manera que el conocimiento, la persuasión, la adhesión, se dan de dentro a fuera, como algo sentido personalmente, como se siente el amor a un ser querido, desde dentro, sin necesidad de demostración.

Esa experiencia se alimenta, como todo lo que crece: se alimenta en la contemplación, se alimenta en las obras y se alimenta en la comunidad. La contemplación de Jesús multiplica la fascinación y la adhesión; las obras, como puesta en práctica de sus valores y criterios, reafirman la validez del mensaje; la comunidad, la iglesia de referencia, muy especialmente en la celebración fraternal de la eucaristía, contagia la fe, nos hace vivir en común nuestra experiencia pascual.

Una vez más, necesitamos abandonar nuestras mitologías, nuestra fe en divinidades disfrazadas, nuestra afición a identificar lo religioso con lo maravilloso. Nuestra experiencia pascual es nuestra progresiva conciencia de conversión a Jesús y al Reino.

CELEBRAMOS LA PASCUA

"Pascua" es la palabra hebrea que significa "paso". Cuando los israelitas celebraban la Pascua conmemoraban el Paso del Mar Rojo, cuando el Señor los liberó de la esclavitud de Egipto.

Nosotros hemos heredado el nombre y algo del concepto: estamos celebrando la Pascua de Jesús: el paso de Jesús de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz. Estamos celebrando también nuestro propio "paso": hemos salido de las tinieblas, estamos en la luz.

Así, el Domingo de Resurrección es la coronación necesaria de la Semana Santa. Si terminamos el Viernes, dejamos sin terminar la aventura de Jesús y sin proclamar lo definitivo de nuestra fe: ni Jesús se terminó en la cruz ni nuestra vida termina en oscuridad. La vida y muerte de Jesús son camino hacia el triunfo. Nuestra vida, también. La vida de Jesús, como la nuestra, pasan por el pecado, por el mal, por la oscuridad, por la muerte .. pero solamente pasan, se dirigen hacia la luz, la plenitud, el éxito.

Por eso retenemos el nombre de PASCUA, el paso, y celebramos esta noche que hemos pasado de una vida sin sentido y sin esperanza, oscura y abocada a la muerte, a una vida de Hijos, luminosa y mucho más plenamente humana.

Desde hace muchos siglos, los cristianos celebraron este día (esta noche) como LA FIESTA DE LAS FIESTAS, la fiesta central del año entero; y, en ella, el corazón de la fe: la Vida Nueva.

Nuestras celebraciones siempre tienen dos vertientes: celebramos algo que sucedió, y algo que sigue sucediendo. Celebramos la resurrección de Jesús y celebramos nuestra resurrección: la vida definitiva de Jesús y nuestra vida nueva, vida hijos.

Los seguidores de Jesús celebraban todo esto con una VIGILIA: pasar la noche velando, vigilando, como esperando algo que va a suceder: durante toda la noche leen relatos y palabras de Jesús, rezan y cantan juntos; y al amanecer, con la llegada de la luz, celebran la Eucaristía, en recuerdo de Jesús resucitado.

Nosotros hacemos algo semejante; aunque no pasamos toda la noche en oración, nos reunimos por la noche y hacemos una VIGILIA, una vela nocturna de lectura y oración, terminando con la Eucaristía.

Nuestra celebración tiene dos partes fundamentales:

La vigilia Pascual Tiene también dos partes:

El fuego nuevo, la luz

Las lecturas

La Eucaristía.

Comienza como siempre con las Lecturas

Se interrumpe para celebrar el recuerdo del Bautismo, con una liturgia del agua.

Continúa hasta el final como una Eucaristía normal.

LA VIGILIA

PRIMERA PARTE: LA LUZ.

El Templo está a oscuras, estamos a oscuras en medio de la noche. De pronto, en medio de la oscuridad brilla la llama de un cirio encendido. Alguien grita: "¡La luz de Cristo!", y todos gritamos: "¡Demos gracias a Dios!". Y encendemos nuestras velas, pequeñas, en el cirio grande de la luz de Jesús. Y el templo entero resplandece, y la noche parece día.

La luz es uno de los símbolos más usados en la Biblia. Sin luz no se puede vivir, no se puede caminar, no se reconocen las cosas. Sin Dios, es vivir a tientas, no ver el camino, no poder caminar. Es como estar muerto.

Para los que creemos en Él, Jesús es como una lámpara, como una linterna que nos permite ver en la oscuridad; como un gran cirio, encendido por el fuego de Dios, QUE SE CONSUME PARA DAR LUZ. En su luz prendemos nuestras lámparas, para poder caminar. De Él viene nuestra luz; no es nuestra, es la suya. Es un símbolo magnífico de nuestra fe: aceptar la luz de Jesús para caminar por la vida.

Y en esta noche muy especialmente. Jesús parecía muerto, su luz parecía apagada. El Viernes Santo se acaba con la terrible oscuridad del Calvario. Pero Jesús no está muerto y apagado. Jesús está vivo y brillante. Jesús crucificado vive por el poder de Dios, y su luz nos sigue iluminando.

El cirio se ha encendido al fondo del templo. Una vez encendido, avanza hacia el altar mientras encendemos nuestras velas. Es otra hermosa imagen: somos caminantes; caminamos con la luz de Jesús hacia el Banquete, hacia la Casa del Padre. Así, nuestra Vigilia comienza con un símbolo magnífico: caminantes hacia el Banquete que el Padre nos tiene preparado, iluminados por la luz de Jesús.

EL PREGÓN PASCUAL

Ya está el templo iluminado, ya tenemos todos en las manos la luz de Jesús Resucitado. Como señal visible, el Cirio se coloca junto al altar, y estará allí, encendido, durante todo el tiempo de Pascua.

En este momento, se proclama un Pregón, como solemos hacer al principio de todas nuestras fiestas. Es una proclamación alegre, jubilosa, que empieza así:

Exulten por fin los coros de los ángeles,
Exulten las jerarquías del cielo
Y por la victoria de Rey tan poderoso
Que las trompetas anuncien la salvación.

Goce también la tierra
Inundada de tanta claridad,
Y que, radiante con el fulgor del Rey eterno,
Se sienta libre de la tiniebla
Que cubría el orbe entero.

Alégrese también nuestra madre la Iglesia
Revestida de luz tan brillante,
Resuene este templo
Con las aclamaciones del pueblo ...

Es un estupendo himno de alegría, un himno a la Luz presente en Cristo resucitado.

Terminado el Pregón, dedicamos un largo rato a las Lecturas, que nos van a recordar los temas fundamentales de nuestra fe en Jesús resucitado.

LAS LECTURAS, aunque pueden hacerse siete, suelen reducirse a tres, que son las siguientes:

PRIMERA LECTURA:

Del Libro del Génesis: "EL SUEÑO DE DIOS"

(Una interpretación religiosa del origen de todo ser: se usa la ciencia de la época – tan imperfecta – para explicar "el sentido de todas las cosas", y, sobre todo, el sentido del ser humano)

"Dios creó al ser humano a su imagen
a su propia imagen lo creó,
varón y hembra los creó"

Primer mensaje: Dios es la fuente de la vida. Toda vida viene de Dios. Él es el que lanza la aventura de los humanos, para que vivan y se multipliquen y lleguen a ser plenamente humanos, como imágenes, como hijos de Dios.

SEGUNDA LECTURA:

Del Libro del Éxodo: "CON DIOS, LA LIBERTAD"

(Los hebreos se escaparon de Egipto "de milagro". Cuando fueron celebrando el aniversario de aquella noche terrible, en que estuvieron a punto de perecer, celebraron sobre todo "La mano poderosa de Dios, que les sacó de la esclavitud y les llevó por el desierto camino de la Patria"

“Yo soy el Señor tu Dios,
el que te sacó de la esclavitud de Egipto.
No tendrás otro Dios”

Segundo mensaje: sin Dios, esclavitud: esclavos del mundo, del pecado, de la muerte, de la vulgaridad... Con Dios podemos caminar: venceremos al mar, a la noche, a los ejércitos enemigos... Con Dios, podemos.

TERCERA LECTURA

Del Profeta Isaías: “DIOS, FUENTE DE VIDA”

(Un himno, exaltado, brillante, inspirado. Un hombre que vivió hace dos mil cuatrocientos años entendía ya muy bien a Dios. En sus palabras parece que estamos oyendo al mismo Jesús):

“Los sedientos, venid a por agua.
Mi Palabra es como la lluvia
que baja del cielo y empapa la tierra
y la fecunda y la hace germinar”.

Y DIJO JESÚS:

“El que tenga sed, que venga a mí y beba:
le nacerá dentro una fuente de agua viva”

TERCER MENSAJE: Como la lluvia, gratuita, fecunda, abundante, que hace verde el desierto, refresca, limpia... Ése es Dios. Mira la vida normal: es desierto, no vale gran cosa, no es fecunda, aburre... Pon a Dios en medio... ¡es como una fuente en el desierto!

Terminadas estas lecturas, se continúa con la eucaristía. se canta el “gloria in excelsis deo”, que se había omitido durante toda la cuaresma. Después se hacen las lecturas propias de la eucaristía del domingo, que son las siguientes:

DE LA CARTA DE PABLO A LOS ROMANOS: (6,3-11)

Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Porque si nuestra existencia está unida a Él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya.

Comprendemos que nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores, y nosotros libres de la esclavitud del pecado; porque el que muere ha sido absuelto del pecado. Por eso, si hemos muerto con Cristo, creemos que viviremos con Él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte no tiene dominio sobre Él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios. Así vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Como muchos textos de Pablo, es una teología que nos resulta complicada, porque usa muchos símbolos y va cambiando su significado de un párrafo a otro. Pero el mensaje básico es claro. El pecado es muerte: Jesús es Vida. Jesús resucitado es el Viviente por excelencia, libre de muerte y de pecado. Nosotros, por el bautismo, nos unimos a Él, queremos vivir una vida libre de pecado, una vida nueva. Y ésta es verdadera vida, libre de oscuridad, más fuerte y más definitiva. Es un texto que tiene mucho de himno, de profesión entusiasmada de la fe en Jesús.

EVANGELIO según Mateo (28, 1-10)

En la madrugada del sábado, al amanecer el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor bajando del cielo y acercándose corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres:

- Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí, ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía. Id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis"

Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. Y, de pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo:

- Alegraos

Ellas se acercaron; se postraron ante Él y le abrazaron los pies.

Jesús les dijo:

- No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.

Se trata del "primer anuncio de la resurrección", en la versión de Mateo, que ya hemos explicado antes al comentar los textos.

EL AGUA / EL BAUTISMO

La noche de Pascua era el momento en que se incorporaban a la iglesia los catecúmenos, recibían el bautismo y se les admitía en la comunidad. Se hacía en este momento, después de las lecturas, porque hasta este día, podían asistir a las lecturas, pero abandonaban la reunión cuando empezaba la Acción de Gracias. Ahora traspasan ese umbral, son admitidos a la Cena del Señor, lo más íntimo de la celebración de los cristianos. Esa puerta de entrada es el Bautismo.

Esta noche, antes de entrar en la Eucaristía, renovamos el recuerdo de nuestro Bautismo. Lo hacemos con el símbolo del agua.

NUESTRO BAUTISMO

Un día, sin que nosotros lo supiéramos, nos metieron en la iglesia, nos hicieron compañeros de los seguidores de Jesús. Es lo mejor que nos ha pasado en la vida. En la iglesia hemos conocido a Jesús, por la iglesia hemos llegado a la fe, en la iglesia hemos recibido los evangelios y hemos aprendido a orar como Jesús nos enseñó.

¡Esto hay que celebrarlo!

Lo hacemos ahora, cuando estamos celebrando a Jesús Resucitado. Celebramos también nuestro nacimiento a una vida distinta, nueva, mejor, estar en la Iglesia, seguir a Jesús.

EL AGUA

El mar fue para Israel peligro de muerte: estuvieron a punto de morir todos en él. Dios les salvó del Mar.

La sed fue para Israel peligro de muerte en el desierto. Dios les hizo encontrar agua para poder vivir.

La sequía hace morir. La lluvia es vida.

¿Hay algo mejor que un baño cuando vienes cansado y sucio? ¡Sales como nuevo!

ESTOS SON LOS CUATRO SÍMBOLOS DEL AGUA QUE RECOGEMOS EN EL BAUTISMO.

SALIR DE LA MUERTE

CALMAR LA SED

TENER VIDA FECUNDA

QUEDAR LIMPIOS

Cuando nos bautizaron, nos pusieron en contacto con Jesús, que es para nuestra vida la mejor agua. Nos metieron en la aventura de dar sentido y fecundidad a nuestra vida "bebiendo de Jesús".

En esta "Noche del Agua", nos invitarán a "RENOVAR LAS PROMESAS DEL BAUTISMO", es decir, a volver a engancharnos con Jesús, volverlo a elegir, para que nuestra vida sea vida, para que sea limpia y fecunda.

En ese momento profesaremos nuestra fe: es el mejor momento del año para decir, juntos, a gritos, con alegría:

CREO EN DIOS, EL PADRE TODOPODEROSO,

CREO EN JESUCRISTO, NUESTRO SEÑOR,

CREO EN EL ESPÍRITU,

CREO EN LA VIDA.

LA ACCIÓN DE GRACIAS

COMULGAR CON EL RESUCITADO

La eucaristía de hoy – la de hoy más que nunca – es una fiesta.

Cantamos, celebramos, agradecemos, porque hay luz, porque hay agua, porque hay vida. Si todas nuestras Eucaristías son Acción de Gracias, la de hoy lo es más intensamente.

Y comulgamos: el Viernes Santo hicimos una comunión con Jesús, manifestando que lo aceptábamos y nos uníamos a Él y a todos los crucificados del mundo. Hoy comulgamos con Jesús manifestando sobre todo nuestra esperanza. Comulgar con el Resucitado, sentirlo “el primer resucitado”. Aceptamos vivir como resucitados: me va lo de Jesús, acepto la vida como Él la plantea, acepto la misión que Él ofrece, vuelvo a encenderme en Él, me alimento de él, bebo de él, y así puedo caminar.

Con su luz, su agua y su pan puedo decir, de corazón:

¡ESTO SÍ QUE ES VIDA!